

alguno. Los jacobinos excitaban todo su odio contra los girondinos. El robo del Guardamuebles, cuyos millones y diamantes habían pasado, según se decía, á manos de Roland y á los cofrecillos de su mujer, imprimía además á la irritación popular un carácter de personalidad, de insulto y de asesinato.

Brissot, Girey-Dupré, Gorsas, Condorcet, los principales periodistas girondinos, apoyados por los ricos y sostenidos por el comercio y la clase media, no escaseaban por su parte las calumnias ni las ironías sangrientas á Marat, á Robespierre, á Danton y á los jacobinos. Sus periódicos, leídos en las sesiones de los clubs, se rasgaban, quemaban y pisoteaban, jurando lavar aquellas líneas en la sangre de sus autores. Marat osó pedir con insolencia, á la faz de Robespierre, que le enviasen todos aquellos documentos y las delaciones de los ciudadanos contra los ministros para hacer justicia, personificando atrevidamente al pueblo en sí mismo. Apenas se atrevió Robespierre á abrir los labios en presencia de aquel que desde su triunfo se constituía él mismo en plenipotenciario de la multitud. Se arrogaba la dictadura, que veinte veces había propuesto al pueblo para el más determinado de sus defensores. No tenía su política otra teoría que la muerte. Era el hombre de las circunstancias, porque era el apóstol del asesinato en masa. Cada vez que salía de su casa en el traje de enfermo y envuelta la cabeza con un pañuelo sucio, para comparecer en los Jacobinos ó en la Convención, Danton y Robespierre le cedían la tribuna, en donde hablaba como señor y no como consejero de la nación. Una palabra suya cortaba las discusiones como el puñal corta el nudo. Los aplausos de las tribunas le ponían bajo la protección del pueblo. Los murmullos y rechiflas interrumpían á los que intentaban discutir con él. Era el plebiscito sin réplica de la multitud.

Ya hasta en la misma Convención se habían cambiado las discusiones en luchas de palabras. Con motivo de las honras fúnebres tributadas por la municipalidad á Lazowski, uno de los conspiradores del club del Arzobispado, habiendo tenido Guadet la osadía de decir que la posteridad se asombraría un día de que se hubiese concedido una apoteosis nacional á un hombre convencido de haber estado á la cabeza de los saqueadores y querido marchar en la noche del 10 de Marzo para disolver la Convención, se levantó Legendre para contestarle. Los murmullos del centro le disputaron la tribuna. «Yo cederé la tribuna—exclamó—á los que hablen mejor que yo; pero aunque me encerrasen en la hornilla que ha de enrojecer el hierro que os imprimirá la marca de la ignominia, la ocuparé. Aun cuando hubiera de ser vuestra víctima, pido que el primer patriota que muera á vuestros golpes sea llevado por las plazas públicas, como Bruto llevó el cuerpo de Lucrecia, y se diga al pueblo: «Esa es la obra de tus enemigos.»

IV

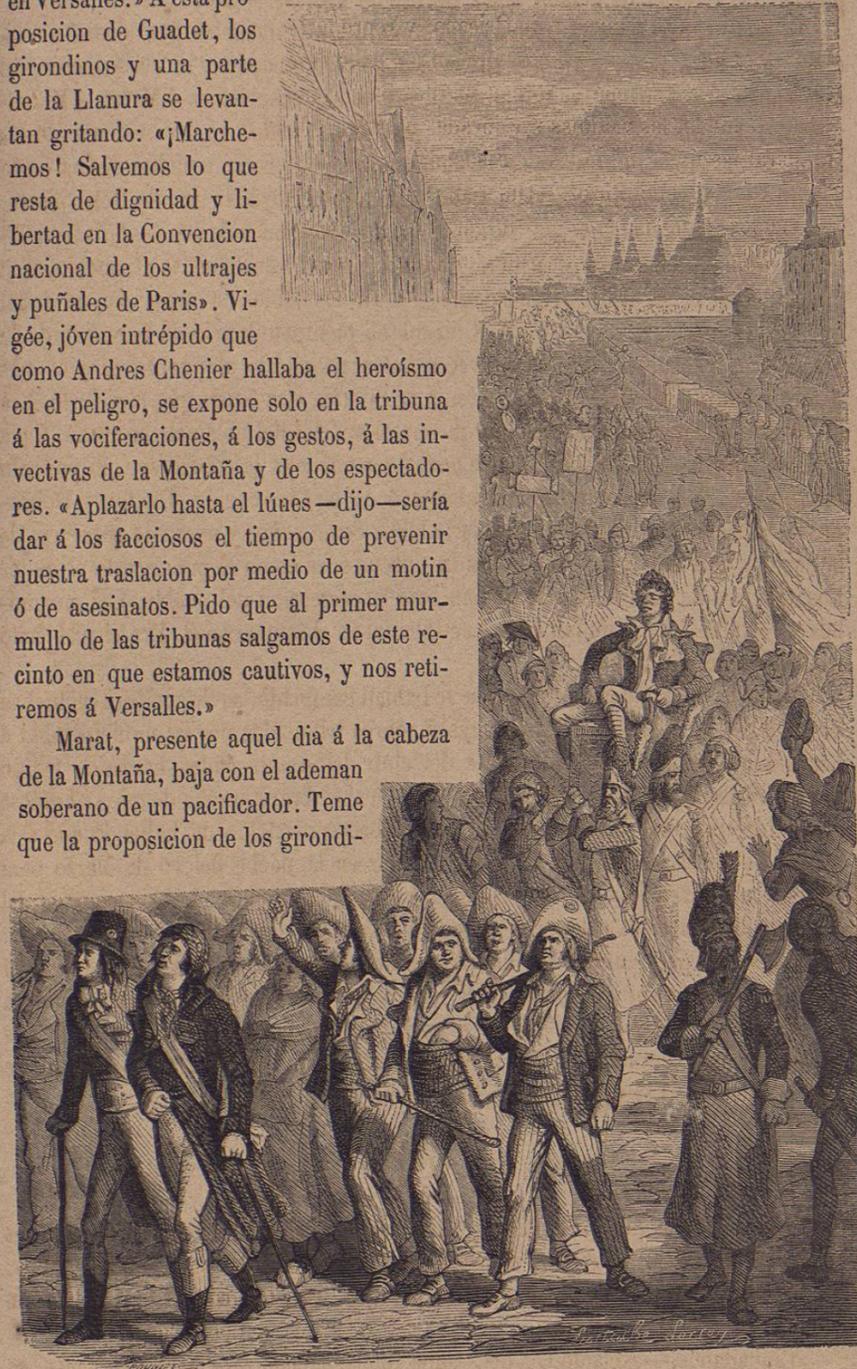
El joven Ducos intentó al día siguiente hacer comprender á la Convención los peligros de fijar un *máximum* al precio de los granos. Los pataleos, los gestos, las vociferaciones de los asistentes ahogaron su voz, obligándole á bajar de la tribuna.

«Ciudadanos,—exclamó Guadet,—una Representación nacional envilecida, no existe ya. Todo paliativo para asegurar su dignidad es una vileza. Las autoridades

de París no quieren que seais respetados. Tiempo es de hacer cesar esa lucha entre una nación entera y un puñado de facciosos disfrazados con el nombre de patriotas. Pido que la Convención nacional decrete que el lunes celebrará su sesión en Versalles.» A esta proposición de Guadet, los girondinos y una parte de la Llanura se levantan gritando: «¡Marchemos! Salvemos lo que resta de dignidad y libertad en la Convención nacional de los ultrajes y puñales de París.»

Vigée, joven intrépido que como Andrés Chénier hallaba el heroísmo en el peligro, se expone solo en la tribuna á las vociferaciones, á los gestos, á las invectivas de la Montaña y de los espectadores. «Aplazarlo hasta el lunes—dijo—sería dar á los facciosos el tiempo de prevenir nuestra traslación por medio de un motin ó de asesinatos. Pido que al primer murmullo de las tribunas salgamos de este recinto en que estamos cautivos, y nos retiraremos á Versalles.»

Marat, presente aquel día á la cabeza de la Montaña, baja con el ademán soberano de un pacificador. Teme que la proposición de los girondi-



Triunfo de Marat.—Pág. 448.

nos sustraiga la Convencion á la presion directa é imperativa de la multitud de que es rey. Trata de distraer la emocion que arrastra á los girondinos fuera del salon. «Propongo una gran medida,—dijo,—propia para disipar toda sospecha. Pongamos á precio la cabeza de los Borbones fugitivos y traidores con Dumouriez. He pedido ya la muerte de Orleans, y reproduzco mi proposicion para que los *hombres de Estado* se echen el dogal al cuello respecto de los Capetos fugitivos, así como los patriotas se lo han puesto votando la muerte del tirano.»

De este modo, las víctimas sacrificadas mutuamente entre los dos partidos eran para Marat las únicas prendas de reconciliacion. «No apoyo ni combato la mocion de Marat,—responde Buzot.—Quieren distraernos de la proposicion de Guadet. Examinemos, ciudadanos, cómo juzgará la posteridad nuestra situacion. No hay una autoridad en Paris, no hay un club que no reine más que nosotros. Los Jacobinos son amos en todas partes: ejércitos, ministerios, departamentos, municipalidades, ¿dónde no dominan? En los sitios públicos inmediatos á este recinto, en nuestras calles, á nuestras puertas, en nuestros tribunales, ¿qué es lo que se oye? Gritos frenéticos. ¿Qué vemos? Semblantes asquerosos, hombres cubiertos de sangre y de crímenes. Así lo ha querido la naturaleza: el que una vez ha manchado sus manos con la sangre de su semejante, es un monstruo que no puede vivir en una sociedad regular. Necesita sangre, siempre sangre para embotar sus remordimientos. Estoy convencido de que todos os lamentáis de la situacion en que nos encontramos. Apelo á vuestros corazones, intimo á la historia que lo diga: si no habeis castigado tan grandes delitos, es porque no habeis podido; pero ved los resultados de la impunidad. ¿Preguntáis cuál es la causa de tales desórdenes? Se rien de vosotros. ¿Recordáis la ejecucion de las leyes? Se rien de vosotros y de vuestras leyes. ¿Castigáis á uno? Os le traen triunfante para burlarse de vosotros. Ved esa sociedad para siempre célebre (los Jacobinos); no quedan en ella treinta de sus verdaderos fundadores, y sólo sí hombres llenos de deudas y de crímenes. Leed los periódicos, y ved si miéntras subsistan tan abominables guaridas podeis permanecer aquí.»

A esta aterradora invectiva lanzada en presencia de Robespierre, Marat, Danton, Collot-d'Herbois, Billaud-Varennes y Bazire, la Montaña se levanta en masa contra Buzot. «¡Somos jacobinos!»—exclaman á una sola voz doscientos miembros. Durand-Maillane arrostra esta borrasca y anuncia á la Convencion que á la llegada del último correo de los Jacobinos de Paris al club de Marsella se puso á precio la cabeza de cinco diputados marseleses que habian pedido la apelacion al pueblo sobre la sentencia del rey, ofreciéndose diez mil francos al puñal del primer asesino. «Este departamento—añade Durand-Maillane—está en la anarquía y confusion.» Crece el tumulto en la Asamblea; los unos piden que se vote la proposicion de retirarse á Versalles; los otros que se pase á la orden del dia, despreciando el cobarde terror de los girondinos.

Danton, que desde algun tiempo parecia rechazar las medidas extremas, como si de léjos hubiera visto el abismo y temido su propio acaloramiento, sube á la tribuna y quiere calmar la agitacion con algunas palabras de paz. «Todos estamos conformes—dice—en que ha habido falta de respeto, y que debe hacerse justicia; pero sólo debe recaer en los culpables. ¿Quereis ser rígidos y justos á la vez? Pues bien...» La impaciencia de la Montaña, la indignacion de la Gironda, no dejan á

Danton terminar su idea; cortan su palabra murmullos unánimes que le obligan á bajar de la tribuna. Pero Danton hace al bajar una señal de inteligencia á los espectadores, que evacuan las tribunas. La ausencia voluntaria de los culpables quita el pretexto á la discusion y la ocasion al castigo.

Algunos dias despues, Camilo Desmoulins publicó uno de sus más acres folletos, en el cual aparecian desfigurados por el odio Roland, Petion, Condorcet y Brissot. La misma mujer de Roland, errante ya y perseguida, convertida en este folleto en cortesana sanguinaria, era entregada á los sarcasmos de la multitud. Ambicion, cohechos, conspiracion sorda y permanente contra la libertad, intrigas, traiciones, complicidad con los extranjeros, tendencias al restablecimiento de una monarquía cuyos ministros serian, tales eran los crímenes cuyas pruebas buscaba Camilo Desmoulins en anécdotas inventadas, en confidencias reveladas, en secretos sorprendidos, en reuniones quiméricas y en orgías imaginarias, cuya relacion emponzoñaba con la causticidad de su pluma. Esta historia de los brissotinos, leida por Camilo Desmoulins á los jacobinos, fué adoptada como el manifiesto de la Montaña contra los dominadores de la Convencion. Hecha, á expensas de la sociedad, una impresion de más de cien mil ejemplares, fué distribuida con profusion por las calles de Paris y dirigida á las sociedades afiliadas de los departamentos.

Aquel folleto, señalando víctimas, designaba tambien ídolos á la opinion. Robespierre, Marat y Danton se proponian en él como ejemplo á los patriotas. Camilo Desmoulins, bastante inteligente para admirar á los girondinos, suficientemente envidioso para odiarlos, demasiado tímido para imitarlos, se declaró órgano de esas pasiones bajas que hostigan á los hombres superiores. El carácter de aquel escritor, inferior á su talento, necesitaba como el reptil arrastrarse y morder á un tiempo. Se arrastraba ante Danton, Robespierre y Marat; se desencadenaba contra Roland y Vergniaud. Así pues, adulando y abandonando alternativamente á los poderosos del dia, habia pasado del gabinete de Mirabeau y de la intimidad de Petion á las cenas de Danton y á la servidumbre de Robespierre. Odiar y adular era el carácter de aquel hombre. Mudo en la Convencion ante la potente voz de Vergniaud, elevaba en la calle la voz de las calumnias, y provocaba á la muerte á vengarle del genio.

La acusacion de *orleanismo* era en este momento el insulto mortal que se hacian los partidos unos á otros. Camilo Desmoulins acumulaba todas las circunstancias verídicas ó inventadas que pudiesen presentar á los girondinos como cómplices de los Orleans. Hacía refluir esta conspiracion imaginaria hasta la época de Lafayette, el enemigo más incorruptible de aquella faccion. Fomentaba estas sospechas por medio de anécdotas propias para derramar sobre aquella pretendida conjuracion el claroscuro que los antiguos historiadores comunican á las tramas tenebrosas de los grandes conjurados, como para hacer adivinar á la curiosidad pública más misterios y crímenes que pueden atreverse á denunciar.

«Un rasgo—dice—acabó de convencerme de que, á pesar del odio aparente que existia entre Lafayette y Orleans, la gran familia de los usurpadores se coligaba de nuevo contra la república. Estábamos un dia solos en el salon de la señora Sillery. El mismo anciano Sillery habia preparado el pavimento del salon á fin de que no pudieran escurrirse las bellas apasionadas al baile. La señora Sillery aca-

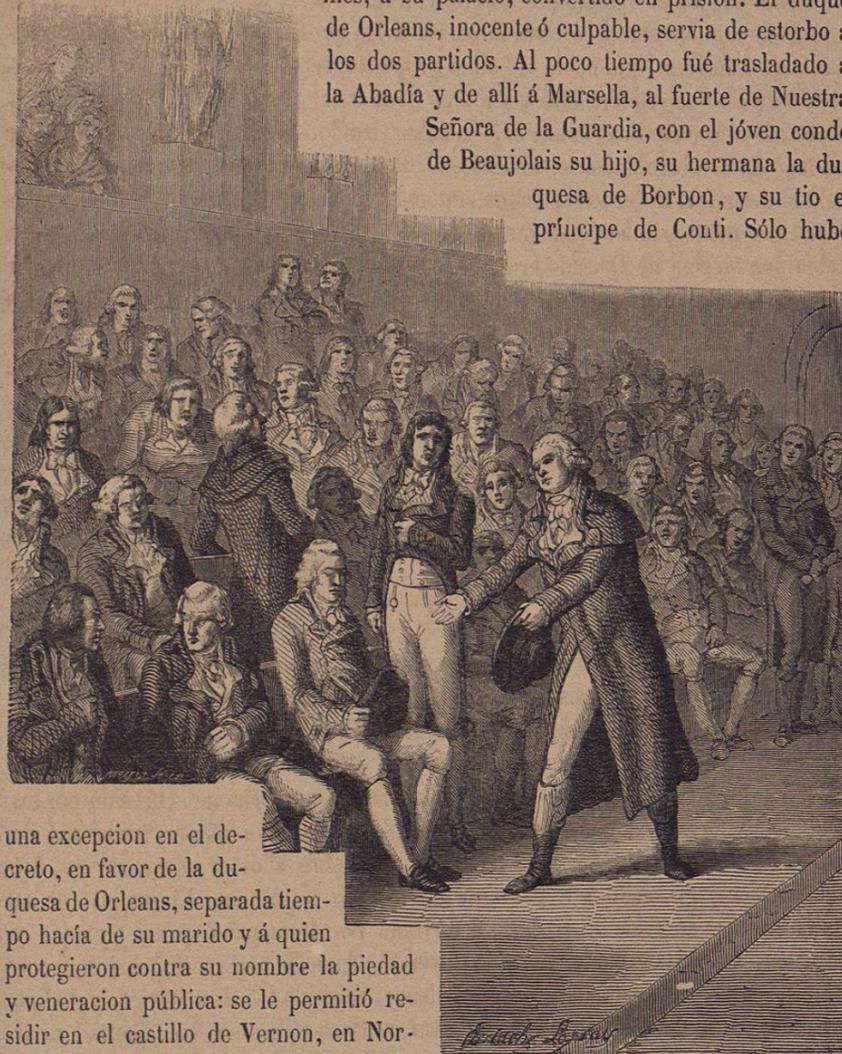
baba de cantar en el arpa versos en que invitaba á la inconstancia. Su hija y su discípula, la hermosa Pamela, y la señorita de S... bailaban una danza rusa, de la que sólo he olvidado el nombre, pero tan voluptuosa y ejecutada con tanta seducción, que no creo que la jóven Herodías hubiese bailado ante su tío otra más propia para obtener la cabeza de Juan Bautista. ¡Cuál no fué mi sorpresa, en el momento en que el aya mágica obraba con más fuerza en mi imaginación, al ver entrar en donde estaba cerrada la puerta á los profanos... ¿á quién? á un ayudante de Lafayette, que había ido allí á propósito, sentándose junto á mí para convencerme de que éste era otra vez amigo de la casa! ¿Y no han llevado los girondinos hasta el colmo sus artificios,—añadía Camilo,—trabajando sordamente por un lado en favor de la facción de Orleans, al paso que por otro enviaban á la Montaña el desanimado busto de Felipe, autómeta movido por ellos, haciéndole sentar y levantar maquinalmente en medio de nosotros, dando á creer al público que si había una facción de Orleans era entre nosotros? ¿No han sido los girondinos, por un golpe de la misma táctica, los primeros en pedir el destierro de Felipe? En cuanto á Orleans, en cuatro años que le he seguido con la vista, no creo que una sola vez le haya sucedido opinar de diferente modo que la cima de la Montaña; de manera que yo le llamaba un Robespierre autómeta. No lanzaba ménos imprecaciones que nosotros contra su antiguo confidente Sillery, actualmente unido á los girondinos hasta tal punto, que muchas veces he dicho en mi interior: «¡Muy singular sería que Felipe de Orleans no fuese de la facción orleanista!» Pero ello no es imposible; la facción, sin embargo, existe y se sienta á la derecha con los girondinos.»

V

El pueblo, que sólo por el dicho cree en el mal, y que tanto más acrecienta sus sospechas cuanto mayor es su ignorancia, se regocijaba por reconocer al fin en los girondinos á los culpables de todos sus males. El duque de Orleans, perseguido por ellos, participaba de su impopularidad.

Había llegado ya la hora de la ingratitud para aquel príncipe. Ofrecido por los girondinos á la sospecha del pueblo, entregado por los montañeses, temerosos de que su presencia en la Montaña hiciese recaer sobre ellos el mismo recelo, fué unánimemente proscrito, sin atribuirle tan siquiera un crimen. El pretexto de su ostracismo fué la fuga de su hijo, arrastrado por Dumouriez en su tentativa y defección. A la voz de Barbaroux y de Boyer-Fonfrede, la Convención había decretado que Sillery, suegro del general Valence, segundo de Dumouriez, y Felipe Igualdad, padre del jóven general, tuviesen centinelas de vista, con libertad de ir por donde quisieran, pero tan sólo en París. Sillery, sacrificado por sus amigos los girondinos, no les dirigió reconvención alguna. «Cuando se trate de castigar á los traidores,—exclamó mirando el busto de Bruto que adornaba el salon,—si mi yerno es culpable, me encuentro aquí ante la imagen de Bruto.» E inclinó la cabeza como un hombre que acepta el ejemplo y conoce el deber. «Y yo también,—dijo el príncipe señalando con la mano la imagen del romano, juez y matador de su hijo,—si soy culpable, debo ser castigado, y si mi hijo lo es, veo á Bruto...» Entonces obedeció al decreto sin murmurar. Ora preveyera de antemano el premio de sus servicios, ora comprendiera su falsa situación en una república á la cual cau-

saba recelos sirviéndola, ora adquiriera su espíritu cansado de agitaciones esa impasibilidad de los caracteres privados de energía, el duque de Orleans no manifestó asombro ni debilidad ante la ingratitud de la Montaña. Alargó la mano á sus colegas; pero éstos rehusaron tocarla, como si hubiesen temido excitar sospechas de familiaridad con aquel gran proscrito. Se encaminó, escoltado por dos gendarmes, á su palacio, convertido en prision. El duque de Orleans, inocente ó culpable, servía de estorbo á los dos partidos. Al poco tiempo fué trasladado á la Abadía y de allí á Marsella, al fuerte de Nuestra Señora de la Guardia, con el jóven conde de Beaujolais su hijo, su hermana la duquesa de Borbon, y su tío el príncipe de Conti. Sólo hubo



una excepcion en el decreto, en favor de la duquesa de Orleans, separada tiempo hacía de su marido y á quien protegieron contra su nombre la piedad y veneracion pública: se le permitió residir en el castillo de Vernon, en Normandía, junto á su padre el duque de Penthièvre, á quien consolaba en sus últimos dias.

El duque de Orleans despidiéndose de la Convencion.
Pág. 457.

Al llegar al fuerte de Nuestra Señora de la Guardia, el duque de Orleans encontró al segundo de sus hijos, el jóven duque de Montpensier, que acababa de ser detenido bajo las banderas republicanas en el ejército de Italia el dia mismo que su padre. Reunido éste á sus dos hijos, se abrazaron en una cárcel, un año despues del dia en que se habían hallado juntos en el campamento de Dumouriez, despues de la batalla de Jemmapes. El duque de Chartres era el que faltaba en aquel

cuadro de las vicisitudes de la fortuna; pero tambien andaba errante con otro nombre en países extraños. La hija única del duque de Orleans, separada de su madre, y sin otra protectora que la señora de Sillery-Genlis, mujer sospechosa á todos los partidos, erraba por las márgenes del Rhin y alcanzaba la Suiza alemana para refugiarse bajo un nombre supuesto en un convento.

Contemplaba el duque de Orleans en el fuerte de la Guardia la dispersion de los suyos y su propia caída como un espectáculo extraño para él. Ya fuera que tuviese la creencia de que las grandes revoluciones devoran á sus apóstoles, ó ya una especie de filosofía sin esperanzas ni pesares le hiciera aceptar, como á un sér inerte, los vaivenes del destino, no se animaba su sensibilidad sino por el sentimiento paternal, que parecia sobrevivir el último en su corazón. Habitó primero en el mismo aposento que sus dos hijos, y podia pasearse con ellos en la azotea del fuerte, en donde sus miradas, libres al ménos, penetraban desde lo alto de la roca en el vasto horizonte del Mediterráneo y en el movimiento y ruido de Marsella. Al cuarto dia de su detencion, y estando almorzando con sus hijos, entraron en su cuarto algunos oficiales de guardias nacionales para notificarle la órden de separarse del duque de Montpensier, que fué encerrado solo en otro piso de la fortaleza. «En cuanto al más jóven de vuestros hijos,—le dijo el oficial encargado de la ejecucion de la órden,—se le permite, á causa de su tierna edad, permanecer aquí; pero no podrá volver á ver á su hermano.» El príncipe protestó en vano contra la barbarie de la órden. El duque de Montpensier fué arrancado, bañado en lágrimas, de los brazos de su padre y de su hermano, y conducido á otro piso de la fortaleza.

Después del primer interrogatorio, trasladados al fuerte de San Juan, prision más siniestra, situada á la extremidad del puerto de Marsella, su cautividad, más estrecha, quedó privada de aire, de vista y de ejercicio. Encerróse al príncipe y sus dos hijos en tres calabozos sobrepuestos los unos á los otros en las recias paredes de la torre, permitiéndose al más jóven, el conde de Beaujolais, respirar algunas horas al dia el aire exterior, bajo la vigilancia de dos guardias. Cuando bajaba para ir á paseo, el niño pasaba delante del cuarto de su hermano, situado debajo del suyo. El duque de Montpensier arrimaba entónces su rostro á la puerta, y los dos hermanos cruzaban algunas palabras por entre las maderas y cerrojos, dándoles el sonido de sus voces un momento de alegría. Subiendo un dia el conde de Beaujolais, halló abierta la puerta del duque de Montpensier, y escapándose de los guardias, entró de un salto en el cuarto de su hermano para arrojarse en sus brazos. Costó á los centinelas mucho trabajo separarlos, pues ya hacía dos meses que los hermanos no se habian visto. Tomáronse medidas contra aquellas sorpresas de ternura, como contra una trama de malhechores. El uno de ellos tenia trece años, el otro diez y ocho.

Su padre, aposentado en la misma escalera, no podia verlos ni oírles. El deseo de contemplar un príncipe de la sangre, autor y víctima de la revolucion, que llevaba las cadenas del pueblo á quien habia servido, atraia continuamente visitantes al sitio en que estaba su calabozo. El príncipe, á quien era más gravosa la soledad que el cautiverio, y que no tenia otra sociedad peor que la de sus pensamientos, no procuraba sustraerse á las miradas ó preguntas de los curiosos. Cada uno de ellos parecia aliviarse una parte del peso de sus horas.

Habiendo oído un dia la voz de uno de sus hijos, le gritó desde el rincón de su calabozo: «¿Eres tú, Montpensier, pobre hijo mio? ¡Cuánto bien ha causado en mí tu voz!» El hijo sintió á su padre levantarse del lecho para ir á la reja y suplicar al carcelero le dejase ver á sus hijos; pero esta gracia le fué negada, y la puerta por donde se habian comunicado un suspiro el padre y el hijo quedó para siempre cerrada.

VI

Este sacrificio á la concordia ó á la sospecha, hecho por la Gironda y la Montaña, no habia sido más que un paliativo del odio que animaba á un partido contra otro. No por haber arrancado de la Convencion aquella sombra de rey, cesaron en los discursos y periódicos las mutuas acusaciones de traicion. Saint-Just, Robespierre, Guadet, Vergniaud é Isnard discutieron algunas teorías constitucionales. «Acabemos la Constitucion,—decia Vergniaud en la sesion del 8 de Mayo;—con ella desaparecerán ese código draconiano y ese gobierno de circunstancias, indudablemente exigidos por la necesidad y justificados por traiciones harto memorables, pero que gravitan lo mismo sobre los buenos ciudadanos que sobre los malos, y fundarian muy pronto la tiranía so pretexto de libertad. Apresurémonos, ciudadanos, á tranquilizar á los cultivadores, á los comerciantes, á los propietarios, alarmados por los dogmas que aquí oyen resonar. Los antiguos legisladores, para hacer respetar sus obras, hacian intervenir á algun dios entre ellos y el pueblo. Nosotros, que ni poseemos la paloma de Mahoma, ni la ninfa de Numa, ni el demonio familiar de Sócrates, sólo la razon debemos interponer entre el pueblo y nosotros. ¿Qué república quereis dar á Francia? ¿Quereis proscribir de ella la riqueza y el lujo que, segun Rousseau y Montesquieu, destruyen la igualdad? ¿Quereis crear un gobierno austero, pobre y guerrero como el de Esparta? En este caso, sed consecuentes como Licurgo, repartid los bienes entre los ciudadanos, proscribid los metales que la codicia arrancó de las entrañas de la tierra, quemad los asignados, manchad con la infamia el ejercicio de las artes útiles, y no dejéis á los franceses otra cosa que la tierra y el hacha; que no paguen más impuestos los hombres á quienes hayais concedido el título de ciudadanos, haciendo sólo tributarios á aquellos á quienes negueis este título, obligándoles tambien á satisfacer vuestras necesidades con su trabajo. Tened extranjeros para hacer el comercio, buscad ilotas para cultivar vuestros campos, y haced depender vuestra subsistencia de vuestros esclavos. Es incontestable que semejantes leyes son crueles, inhumanas, absurdas; es incontestable que el más terrible de los niveladores, la muerte, dominaria presto sola en vuestras campiñas, y concibo que la liga de los reyes os está imbutyendo sistemas que reducirian á los franceses á la igualdad de la desesperacion y de las tumbas. ¿Quereis fundar como en Roma una república conquistadora? Os diré, y conmigo la historia, que las conquistas siempre fueron fatales á la libertad, y con Montesquieu, que la victoria de Salamina perdió á Atenas, como la derrota de los atenienses á Siracusa. ¿Para qué, por otra parte, las conquistas? ¿Quereis hacerlos los opresores del género humano? En fin, ¿quereis hacer de la nacion francesa un pueblo simplemente agricultor y comerciante, aplicándole las pastorales instituciones de Guillermo Penn? Pero ¿cómo existiria un pueblo así